



LOS 7 DE OUX

DAM FERNANDEZ

ΣΑΤΙ ΦΕΡΠΑΪΝΣΕΖ

LOS 7 DE OUX



I

Soy un inútil. No un inútil integral, claro, de esos que tienen las neuronas justas para pasar el día. Tampoco es que sea corto de luces. De hecho, fui un estudiante de primera y un buen piloto. Segundo de mi promoción, para más señas. Pero soy un inútil.

Verán, tengo un problema. Bueno, más de uno. El primero es que me puede la presión. Mi mente se bloquea y hace cosas extrañas. Por eso estoy aquí, haciendo de correo clandestino en un taller en mitad del desierto de Nadie, esa franja muerta donde la paz no es oficial, pero existe. Todos, unos y otros, necesitan arreglar sus naves, y al Alto Mando le pareció una buena idea montar este estercolero para pasar mensajes a los espías del otro lado.

Hace un par de años buscaban precisamente un pringado que se hiciera cargo del asunto. Tuve mala suerte, o buena, según se mire. Podía haberme caído la perpetua o podrían haberme mandado al frente sur a morir deshidratado, destino habitual de un soldado que hubiera hecho lo mismo que yo. Pero mi padre es el General Dux y, ya saben, a quien le da el sol, nada le hace sombra. Para no pasar por la vergüenza de un consejo de guerra, movió algunos hilos y me consiguió este puestazo: encargado de recoger papeli-

tos y entregarlos en mano a quien venga a buscarlos. A eso nos dedicamos en este tugurio. Tenemos una ingeniera en cripto comunicaciones cuánticas, pero las órdenes que nos llegan las transmitimos en papel, en mano. Tecnología punta. El sueño de todo piloto.

Tampoco es que me queje. Tras la batalla de Idán, ninguna compañía aérea privada me hubiera aceptado, ni siquiera esas low-cost que llevan a turistas a las atestadas playas de mala muerte de la luna de Lukós.

Y eso me lleva a mi primer problema. La presión.

No era mi primera misión para el ejército. Ya he dicho que soy un buen piloto. Pero sí la primera en la que iba a tener los disparos del enemigo lo bastante cerca para que un cañonazo desviado me hiciera la depilación láser. Llevaba una pequeña nave, de las que llaman gorriones por su punta afilada y la forma redondeada de su panza, con alas que permiten el vuelo atmosférico. Son muy comunes en ambos ejércitos y su potencia de fuego es limitada. Llevaba dos pequeños cohetes de alta combustión que servían como señuelo si las baterías antiaéreas del enemigo me detectaban, lo que no dejaba sitio para el láser. Un cañón de pulsos, por pequeño que fuera, hubiera lanzado tantas alarmas que habría acabado con media docena de alas rojas en la cola.

Mi misión era relativamente sencilla. Me acercaba con sigilo hasta unos kilómetros de la base aérea de Idán, la mayor ciudad del enemigo en el sur, y soltaba la carga: cien *sacaojos*, drones pequeños y espantosos de patas largas y afiladas capaces de atravesar las

defensas de cualquier ejército. Devoradores, en realidad. Se abrían paso por las tripas de las naves con pequeños láseres, tan diminutos que su radiación pasaba desapercibida en una zona con armamento militar. Allí podían destrozar los sistemas de navegación o, peor aún, piratear el sistema. Y eran autónomos y mudos. No había forma de comunicarse con ellos, lo que evitaba que fueran detectados.

El único problema era que había que transportarlos apagados. Una vez en destino se conectarían de forma automática al comenzar el protocolo de liberación. Durante dos interminables minutos se quedarían flotando bajo la panza del gorrión como un racimo de mosquitos que intentaran cobijarse del sol. Yo tenía que dejar la nave quieta para que los drones pudieran procesar las órdenes y geoposicionarse en el terreno. Las manos se me llenaban de sudor y, cada vez que escuchaba una detonación lejana, creía haber encontrado la muerte.

Casi completo la misión. Casi.

Cuando faltaban treinta segundos para darle la máxima potencia a los propulsores y largarme de allí, un centinela me vio en su radar. Estaba muy lejos, por eso me sorprendió que no esperase a saber si era amigo o enemigo. Disparó tres pulsos de plasma y todas las pantallas de mi consola comenzaron a pitar y emitir una luz roja. El ordenador confirmó que el disparo iba a destruirme. Pero llegaría cinco segundos después de que se completara el protocolo de liberación. Sólo tenía que tocar un botón, propulsarme hacia el

cielo y largarme de allí como alma que lleva el diablo. Al fin y al cabo, el plasma no se podía teledirigir.

Me pudo la presión. Sin saber cómo, una vez acabado el protocolo, le di al botón y mi gorrión se lanzó en picado hacia el suelo. Mi mente se había bloqueado y apreté el botón incorrecto. Al caer destruí los cien sacaojos (y cada uno costaba millones de créditos) y destrocé la nave. La misión se había ido por el retrete. La toma de la base, a la basura. Atrapado entre el amasijo de hierros que era el gorrión pude ver la nave centinela sobrevolar mi posición. Me dio por muerto, lógicamente. Aun no entiendo cómo pude sobrevivir a aquello.

Pero sobreviví. Por alguna broma del destino, seguí con vida. Logré lanzar un dron de socorro. Era un primo menor y tonto de los sacaojos, pero era lo bastante listo para llegar a la unidad de rescate e informar de mi situación. Tardaron tres días en sacarme de allí.

Luego llegó la amenaza del consejo de guerra, pero mi padre ofreció la solución antes aún de que me rescataran. Informarían de mi muerte y aparecería en el listado oficial de bajas. Kaizen Dux estaría muerto, generarían una nueva identidad como ciudadano neutral y me haría cargo del Centro de Encriptación en Zona Neutral. O sea, el taller.

Si lo de la presión me había tomado por sorpresa, mi segundo problema, con el que además tendría que convivir todos los días, no fue mucho mejor. Es un poco vergonzoso reconocerlo, pero no sé tratar con

mujeres. Mejor dicho, no sé tratar con mujeres que me gusten. Y allí, en mitad del desierto de Nadie, conocí a la teniente Vika Kozlov.

Me esperaba en el Hangar Uno, el único que tenía el taller en aquel momento, vestida con un mono ajustado y unas gafas de sol militares que reflejaban la luz naranja del atardecer. Bajé del gorrión que me transportaba y me quedé mirándola con la boca abierta como un idiota. El avión despegó y yo seguía petrificado, esperando algo.

—Cierra la boca y sígueme. Y como vuelvas a mirarme así, te saco un ojo y se lo echo a los perros.

—¿Te-te-néis perros aquí?

—Vaya. Si va a resultar que nos mandan a un tonto de verdad...

Ahora mismo la tengo frente a mí, mirándome con esos ojos de color verde flúor, del mismo tono que el líquido refrigerador que usamos para los cañones de pulsos. Lleva la cabeza rapada al dos, más o menos. Lo justo para que no se vea el cuero cabelludo. Aprieta la mandíbula con un rictus serio, como si estuviera tragando ácido. Normal, lo que acabo de soltarles a ella y el resto del equipo es una bomba.

—Estás como una chota, Dux —me dice con tono sombrío, el que siempre me dedica—. Es imposible.

Tenemos en el Hangar Tres B una nave diplomática gaaresa, de las nuestras, la única que escapó de la encerrona de los beliares. Llegó hace apenas una hora y de ella se bajó el General Ilta entre temblores y sudores fríos.

—Hijo —susurró colocando una palma ancha y gruesa sobre mi hombro—, Gaara te necesita. Tu padre te necesita.

Cinco naves habían salido de Boulé con una delegación gaaresa para negociar un armisticio con Beliar en el extremo suroccidental del desierto de Nadie. Se habían tomado las precauciones necesarias y exigido garantías. Ambos bandos entregarían una prenda: tres altos cargos de los gobiernos regionales más importantes. El cielo estaba controlado y todo parecía en orden. Hasta que una monstruosidad mecánica emergió entre las rocas y la arena del desierto y de su cuerpo se separó un enjambre de alas rojas. Aquellos diablos no tripulados destruyeron de inmediato dos de las naves y capturaron otras dos, dejándolas inmobilizadas antes de poder separarse diez metros del suelo. La restante, la del general Ilta, pudo escapar. Para ser exactos, la dejaron escapar con un mensaje meridianamente claro: si una sola nave cruzaba la frontera norte del desierto de Nadie, se ejecutarían a todos los capturados. Si los rehenes que habían entregado eran ajusticiados, ejecutarían a todos los capturados. Si en 72 horas no se entregaba el desierto de Nadie y las provincias del sur de Gaara, se ejecutarían a todos los capturados. ¡Ah! Se me olvidaba. Si mi país, en un alarde de valentía, se negaba a plegarse a las exigencias de Beliar, una docena de aquellos monstruos arenosos irrumpirían en las ciudades y arrasaría con la población civil. Comencé a sudar.

—Tu padre lideraba la misión, Dux. —Tragué saliva y apreté los puños, al tiempo que sentía que se me aceleraba el pulso—. Sois el único equipo que puede llegar sin ser detectado.

—General, ¿me está pidiendo que asalte la cárcel de Idán con un equipo de siete hombres?

—Veo que lo has entendido.

Ahí estaba de nuevo la presión, tratando de apoderarse de mi cuerpo. Sin embargo, en un insólito ataque de lucidez, le pedí al general que me dejase hablar con mi equipo.

—Tienes media hora, Dux. Mi nave lleva a media docena de diplomáticos. Tenemos que escapar de aquí lo antes posible.

Y así estoy ahora, apurando los últimos instantes de ese plazo. Vika reniega, la mandíbula de acero tensa como una catapulta medieval. El resto del equipo me mira como a un sapo venenoso, como si pudiera pudrirles el cerebro.

—No es imposible. Aunque algo difícil sí que es... —atino a murmurar mientras me miro las manos sudorosas.

—Como una chota —refrenda Ayzik mientras pone las piernas sobre la mesa—. No tenemos ni una oportunidad, jefe.

—¿En serio vamos a dejar que mueran todos sin mover un dedo?

Vika me mira con una ligera pincelada de pena. Sabe que su negativa condena a mi padre. No es que me lleve bien con él. Ni siquiera creo que me quie-

ra demasiado. Pero es mi padre. Tenía esperanzas en mí y lo había defraudado. En los dos últimos años no he sabido nada de él; hasta me devolvió el regalo de cumpleaños que le hice llegar al poco de aterrizar en el taller. Vika se inclina sobre la mesa y pone la mano sobre la mía. Mis palmas rompen a sudar. Aún más.

—No les debemos nada, Dux. Por su culpa estamos todos aquí.

Algo me hace clic en el cerebro. Alzo la cabeza y me quedo con la boca medio abierta. Sé que debo de tener pinta de idiota, por no mencionar que no me fío de lo que voy a decir, así que lo repaso de nuevo mentalmente. Los demás me miran como si me hubiera dado un ictus.

—¿Jefe? —pregunta Tama.

—¿Y si pudiera arreglar eso?

II

—¿Está chantajeándome, Dux?

—Más o... menos, general. Usted me-me pide un im-po-ponible y quie-re-re que mande a mi-mis hombres al matadero. Tan sólo pido una comp-p-pensación.

No soy capaz de mirarlo a los ojos; tengo los míos fijos en los cordones de las botas. La voz me tiembla como si fuera un crío pidiéndole dinero a su padre para correrse una juerga.

—Podría hacerlo ejecutar ahora mismo. A usted y a todo su equipo.

—Pero no lo hará —le interrumpe Vika, y se lo agradezco, no me veo con fuerza para aguantar esta negociación—. Usted lo ha dicho. Nos necesita.

—Me piden un imposible, teniente Kozlov.

—Y usted a nosotros, general. Sólo pedimos lo que es justo.

—¿Le parece justo chantajear en un momento así a su país?

—En realidad, no, general. Yo quería pedir mucho más. Es Dux quien se conforma con que se nos readmita en el ejército y se borren nuestros *fallos* —lo dice con tono venenoso— del historial.

Ilta resopla y mira hacia los lados, buscando algún aliado en aquella sala destartalada. No los tiene. Estamos todos presentes, dispersos en el almacén de piezas. Eiddwen y Abril están sentadas juntas, cogidas de la mano. El detalle no se le escapa al general, pero no dice nada. La vieja guardia sigue sin ver con buenos ojos que se aprobaran las relaciones homosexuales en el ejército. Tama está junto a mí, con su metro noventa de estatura y sus ciento veinte kilos de músculos apretados, los brazos cruzados y las manos bajo las axilas. Ayzik está tirado en una hamaca y Abba está trasteando con el juguetito que le di hace apenas unos minutos.

—Acepto. Pero no olvidaré este chantaje, Dux. Tu padre sabrá de esto.

—Eso sería una excelente noticia, general —le corta Tama—. Significaría que hemos vuelto a casa.

Ilta vuelve a abrir la boca, pero la protesta le muere en los labios. Me mira y vuelvo a dejar caer los ojos hacia el suelo. Esta vez hacia una mancha de aceite. Sé lo que viene ahora. No me hace gracia, pero es necesario. Me toca a mí.

—¿Cómo pensáis hacerlo?

—¿Co-conoce usted nuestro expediente, general? —tartamudeo.

—No a fondo.

—So-soy piloto, pero eso ya lo sabe. También lo es la te-teniente Kozlov, además de tener experiencia de asalto. Cont-t-amos con una ingeniera en cripto comunicaciones cuánticas, Abril. Eiddwen y Ayzik

perfe-tenecían al cuerpo de infantería y Abba es arti-tillera de inteligencia artificial.

—¿Y el grande?

Vika tenía razón. Ilta sólo me conocía a mí y debido al desastre de Idán. Bueno, y a mi parentesco, claro.

—Ve-verá... Tama es un apagador. Y ne-necesitamos una llave para entrar.

—¿Cómo? —el terror ilumina el rostro de Ilta cuando comprende lo que vamos a hacer.

—Lo-lo siento ge-general, pero es ne-necesario.

Tama da un paso al frente y posa una enorme manaza sobre la sien de Ilta. En cuanto toca la piel del militar sus ojos se ponen en blanco y su cuerpo pierde el tono muscular, al tiempo que cae al suelo como un fardo gordo de grasa adornado con medallas.

—¡Jo-joder, Tama, sujétalo, que casi se-se abre la cabeza!

—Mejor, Dux. —Vika mira a Ilta con desprecio—. Tiene que parecer que se ha resistido.

Escupe sobre las medallas del pecho y le pega una patada en la cara que le revienta la nariz y salpica de sangre los bajos de mi pantalón y el de Tama.

—Este miserable dejó tirado al Escuadrón Aquiles en Pría. Por su culpa murió mi hermano.

Los demás la imitan y golpean al general. No se ceban, así que se lo permito. Merecen desahogarse y Vika tiene razón. Nos viene bien que parezca que se ha llevado una paliza.

—Jefe, alguien debería salir —me recuerda Tama—. Se estarán poniendo nerviosos.

Asiento levemente y cojo un trapo sucio para secarme las manos. Abril ya está sobre Iltá, con una tableta de datos lee el identificador que el general lleva implantado en la muñeca izquierda. Tarda un par de minutos, pero consigue firmar las órdenes para la nave diplomática. Me tiende el aparato y yo le hago una seña a Vika para que me acompañe. Confío en que no se note que estamos falsificando, más o menos, las indicaciones del general.

El almacén está cerca del Hangar Tres B, apenas a una decena de metros. Pero el sol golpea con fuerza el desierto a esta hora y comienza a picarme la piel. Vika va a mi lado, con paso seguro y mirada tranquila. Ojalá fuese como ella, me digo. Por el rabillo del ojo la veo a un paso por detrás de mí. Se ha abierto el mono, dejando a la vista una camiseta blanca de tirantes; las chapas de identificación juegan a colarse en su escote.

—Deja de mirarme, Dux. Me das grima cuando te pones así.

Toso y musito una disculpa. Es casi un acto reflejo que repetimos a diario. A mí se me escapa una mirada, ella me pilla, me riñe y yo me avergüenzo. Ya dije que no se me da bien tratar con mujeres que me gustan.

—Tienes que mantener la calma, Kaizen.

No suele llamarme por mi nombre de pila. Quiere tranquilizarme, pero el disparo le sale desviado y me pongo más nervioso aún. No le respondo, sigo mirando el suelo. Justo cuando llegamos a la puerta del

hangar, Vika apoya la mano en la puerta, e impide que la abra.

—Puedes hacerlo, Dux.

Esta vez sí. Veo en sus ojos que confía en mí, aunque no sé muy bien por qué. No soy un mal jefe, pero desde lo de Idán no había vuelto a caer en mis manos nada importante. No les he dado motivos para que confíen en mí.

Entramos al hangar. Un hombre uniformado desciende la rampa delantera de la nave. Las tres pequeñas rayas oblicuas sobre el gabán de cuero negro lo identifican como coronel. Vika y yo nos cuadrarnos antes de que llegue a nosotros.

—¿Capitán Dux?

—So-soy yo, mi coronel. Me acompaña la teniente Kozlov.

—¿Y el general?

No le respondo. Me froto las manos sudorosas en el mono, saco del bolsillo interior la tableta de datos y se la tiendo. El coronel toquetea el aparato y frunce el ceño. Cuando termina de leer la patraña que hemos preparado, nos mira alternativamente.

—Esto es muy irregular, Dux. ¿Por qué no ha venido el general con ustedes?

—Está comunicando al Alto Mando la situación, mi co-coronel. —Una gota de sudor recorre mi sien hasta la barbilla—. Por eso ha firmado con su identificador las órdenes. No te-tenemos mucho tiempo.

Se rasca el mentón, nervioso. Al final el velo de desconfianza se disipa y asiente, comprensivo.

—Está bien, Dux. Buena suerte. El futuro de Gaarra está en sus manos. —Trago saliva con demasiado ruido—. Fuerza y unión, soldados.

—Fuerza y unión, mi coronel —repetimos Vika y yo mientras nos cuadramos al unísono.

La suerte está echada, pienso mientras nos giramos y nos dirigimos a la salida del hangar. Vika se saca un trapo del mono y me lo tiende disimuladamente. Me seco el sudor de la cara con él. Huele a ella. A aceite de motor y canela. Vuelvo a sonrojarme, pero escondo el rostro en el pañuelo.

Un ajetreo frenético envuelve el Hangar Uno, donde guardamos nuestro gorrión. Ayzik y Tama están colocando cargas explosivas con metralla en las paredes del edificio mientras Abril, Eiddwen y Abba cargan todo el material que nos parece que vamos a necesitar. Seguro que se nos olvida algo, pero tenemos que actuar rápido y salir del taller a todo trapo. Tiene que parecer creíble.

Miro a Tama, quien me lanza un pequeño mando. Se me cae al suelo con estrépito y todos dan un salto. Menos mal que el activador remoto de las bombas aún no estaba sincronizado. Bajo el gorrión está Ilta, inconsciente sobre una camilla vieja, con grilletes eléctricos en manos y tobillos, dos cinchas sobre el pecho y las piernas, y un cinturón a modo de mordaza. Si salimos con vida de esta, lo vamos a pagar caro.

Soy el último en subir al gorrión. Es una manía desde mis tiempos en la academia. Echo un ojo al ta-

ller y me despido para siempre de la que fue mi cárcel durante dos años. Y también mi hogar.

Cuando me siento en la cabina, Vika ya está abriendo el techo del hangar. Un ruido atroz, de metal contra metal, hace temblar la nave y una fina capa de óxido salpica el acerocrystal de la cabina. Inicio el protocolo de despegue y la parte de atrás de la nave desciende hasta casi tocar el suelo. El morro del gorrión apunta al cielo.

—¿Preparados? —pregunto con cierto temblor en la voz. Me llega confirmación de todos a través del auricular del casco—. Allá vamos.

El gorrión alza el vuelo y activo la secuencia de los explosivos. Una bola de fuego y metralla envuelve el Hangar Uno. No hay vuelta atrás. Hemos destrozado nuestro hogar.